

14 7



La Pelicula Selecta

Oficinas: «EDITORIAL PEGASO» - Gran Vía Layetana, 23
Teléfono 1496 A.

Año I

Barcelona, 11 Abril de 1925

N.º 14

SANTARELLINA 1923

La educanda

(Man'zelle Nitouche)

Según la película del mismo título, maravillosa adaptación cinematográfica de la conocida obra de gran éxito en todos los escenarios del mundo, debida a la laureada pluma de los escritores *Meilhac* y *Millaud*. Interpretación de la bellísima actriz

LEDA GYS

Concesionario: JAIME COSTA

Consejo de Ciento, 317 pral. - Barcelona

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA

I

Como flores de un invernadero, las educandas del Convento de Rondinelli crecían atendidas por la cuidadosa solicitud de las buenas Madres que procuraban el cultivo de sus inteligencias y la educación de su voluntad, modelando sus almas en los eternos principios

del Bien y la Verdad, para poder presentarse luego en la escena del mundo con el pertrecho de las sólidas virtudes adquiridas en el retiro claustral...

La madre superiora tenía un especial empeño en fomentar las naturales aptitudes y disposiciones que patentizaba su sobrina Dionisia, una colegiala modelo, la primera en las clases y la más asidua cumplidora de sus deberes.

Dionisia acababa de cumplir los diez y seis abriles y las formas de mujer que en los últimos años habían apuntado tímidas en su cuerpo, se acusaban protuberantes y espléndidas, armoniosas y de perfecta proporción. El clavel había estallado en rosa...

La bella colegiala, ajena a otras preocupaciones y cuidados, se encontraba muy a su gusto en aquel ambiente de soledad y de silencio, hasta que un día halló la tentación, con todos los atractivos de lo presentido, entre unos papeles de música, a cuyo divino arte era Dionisia aficionada en extremo.

Celestino, organista del colegio y profesor de canto y piano de las educandas, aparentaba sentir un gran entusiasmo por su cargo, teniendo recomendada de un modo preferente a Dionisia, que mostraba disposiciones especiales para la música.

En la sombra sagrada del convento en que Celestino desempeñaba sus funciones, ocultaba éste un secreto, del que esperaba gloria y pro-

vecho. Durante las horas de asueto y en las calladas de la noche, la mística personalidad del organista desaparecía para dar paso a un hombre nuevo, cultivador de un género de música bien distinto del que correspondía a aquél santo retiro... El que hubiera visto a Celestino sentado en su sitial, arrancando al órgano suaves y deliciosas armonías, provocadoras de una íntima unción religiosa, hubiese quedado perplejo y desconcertado al contemplarle en la soledad de su habitación recorriendo el teclado con nerviosos transportes y acompañando con el contoneo de su cuerpo los movidos compases que iba improvisando.

— ¡Bravo! ¡Esto está colosal! —se aplaudía a sí mismo.

Aquella tarde, el semblante de Celestino reflejaba íntima satisfacción. Por centésima vez leía la carta que había recibido:

«Querido Floridoro: Tu opereta «Babet y Cadet» es una verdadera joya musical por sus situaciones altamente cómicas y su interesantísima trama. Me siento orgullosa de ser la intérprete de tan bella producción que te abre de par en par las puertas de la fama. Te suplico no faltes a los ensayos. Tuya enamorada, Corina.»

Celestino, que no era otro el Floridoro a quien iba dirigida la misiva, besó apasionadamente la firma.

Porque el organista del convento de Rondinelli, fuera de allí era conocido por Flori-

doro, el compositor de operetas alegres. A altas horas de la noche, cuando todo dormía en aquella santa casa, Celestino salía sigilosamente por la ventana de su habitación y descolgándose por la tapia se dirigía a la ciudad para presenciar en el teatro los preparativos del estreno de su opereta o iba al encuentro de su adorada Corina para gozar entre sus brazos las delicias de lo prohibido...

Entretenido en dar los últimos retoques a la partitura y vestido ya para salir a la calle, no oyó unos discretos golpes dados a la puerta de la habitación. Los de afuera insistieron en la llamada, oyendo el organista una voz atiplada que decía:

—Soy yo, don Celestino.

—Espere un momento, madre; no estoy presentable.

Y a toda prisa se desvistió su indumentaria callejera, embutiéndose en su amplio levitón y colándose un aterciopelado casquete del que pendía una amplia borla.

—Pase, reverenda madre... ¡Hola, picarilla! —bromeó al ver que la superiora iba acompañada de la gentilísima Dionisia.

—Esta colegiala—expuso la religiosa—dearía repasar la salve que debe cantar en la fiesta del sábado. Me lo ha pedido con insistencia y supongo que no negará este favor a la mejor de sus alumnas.

Dionisia, que desde hacía algunos días que había hecho un descubrimiento para ella sen-

sacional, entre unos papeles de música, deseaba encontrarse a solas con el organista, había suplicado a su reverenda tía que le otorgase un ensayo particular de la composición que había de ejecutar en la solemne función religiosa.

—Mi buena Madre Superiora; desearía que me permitiera repasar con el maestro la salve. ¿Puede ser?

A Celestino le contrariaba la petición de la Superiora, pues desbarataba sus planes para aquella tarde, en que tenía lugar un ensayo general de su obra, pero con humilde cortesía respondió:

—Acostumbro en estas horas a dedicarme a la oración... pero os obedeceré, madre, si este es vuestro deseo.

—Dentro de una hora volveré por ti—dijo la Madre a Dionisia, y saludando al maestro con una ligera inclinación de cabeza se ausentó.

Dionisia puso en el atril los papeles de que había sido portadora y Celestino se dispuso a acompañarla en el órgano.

La exquisita mujercita tenía una voz privilegiada y constituía para ella un secreto placer el lucimiento de sus aptitudes.

Nervioso, pensando en el ensayo, y sin darse cuenta de la presencia de Dionisia e inconsciente de lo que estaba ejecutando, al terminar la página musical y volver la vista a la de en-

frente, comenzó Celestino a atacar los compases del brioso «can-can» de su opereta.

Aquellas notas cosquilleantes y juguetonas hicieron vibrar los nervios de la bella colegiala, que empezó a bailar desaforadamente la mundana composición...

De pronto el organista dióse cuenta del desatino, balbuceando perplejo:

—¿Cómo ha sido posible? Sólo el demonio puede haber intervenido en esto, cambiándome los papeles en el atril...

—¡Ja, ja, ja!... rió con desenfado Dionisia. El demonio, en este caso, he sido yo.

—¿Qué?—inquirió Celestino con temeroso desasosiego.

—Debe usted saber, señor Celestino y señor Floridoro, que lo sé todo... En uno de mis libros de música encontré la partitura de la opereta... Pero ¡no ponga esa cara de susto, que nada he revelado a la superiora!...

—Pero...

—¡Nada de *peros*!... Y sé también que cada noche abandona usted el convento para asistir a los ensayos de su obra...

El organista sudaba copiosamente, temblándole todo el cuerpo como a un azogado.

—¿Y qué diría la Madre Superiora—insistió Dionisia implacable—si supiera que el humilde don Celestino era un compositor de música frívola y pecaminosa?

—¿Y qué diría la Madre Superiora—atajóle el organista, reponiéndose un tanto—si su-

piese que anda usted fisgoneando en mis libros?... ¡la más recatada de las alumnas!

—Aproximadamente diría lo mismo que si supiese que don Floridoro es el ídolo de una tiple ligera.

—¡Jesús!—exclamó consternado el pobre hombre, viéndose a merced de la colegiala.

—Pero ¿por qué hemos de regañar? ¡Si me gusta tanto su opereta! ¡Es deliciosamente agradable!

El elogio animó las facciones de Celestino.

—Me la sé de corrido, letra y música... especialmente aquel duo de amor del segundo acto...

—¡Precioso! ¿verdad?—empezó a entusiasmarse el organista.

—¡Y aquel fox-trot del tercer acto! ¡Delicioso!

Y sentándose en la banqueta, se dispuso a ejecutar la alocada educanda.

—Ya verá usted... es así... ¿no es cierto?

—¡Muy bien, muy bien! ¡Lo interpreta usted admirablemente!...

Dionisia, coloreadas las mejillas por una finita fiebre que exaltaba todo su ser, destrenzaba las notas de sentida inspiración...

—¡Qué talento tan maravilloso!—se extasiaba el taimado organista—. ¡Ha nacido usted para ser una gloria de la escena lírica!

La sobrina de la reverenda Madre seguía tocando, casi con furor, abstraída en los encantos de la música.

—¡ Colosal ! Este acorde es una de mis invenciones geniales... no se toca... ¡ se estornuda !

—¿ Qué le parece ? —dijo al terminar la muchacha con mirada retadora.

—¡ Pero que muy bien ! ¡ Es maravilloso !

—¡ Toque usted la danza final !

Al compás de la música, Dionisia se puso a bailar el atrevido número, primero tímidamente, luego con verdadero desenfreno...

La llegada de la Madre Superiora hizo variar inmediatamente la escena. Al sentir sus pisadas, escondió Celestino la profana partitura y puso en el atril el primer papel que le vino a mano.

Dionisia, con mística entonación, cantaba al entrar la religiosa :

—«¡ Gloria in excelsis Deo !...»

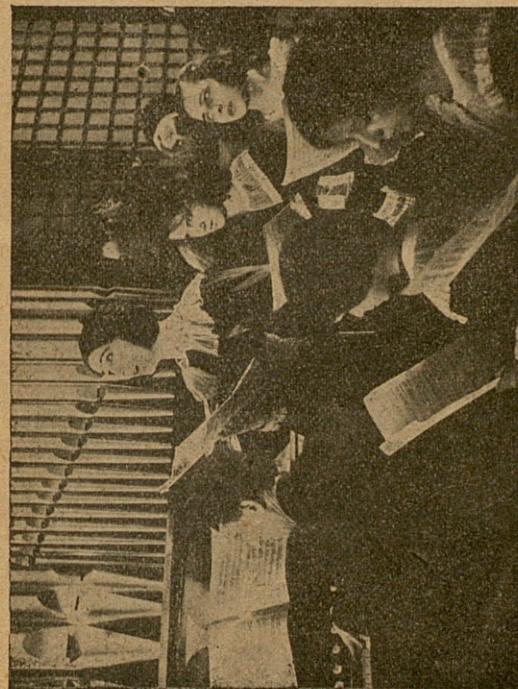
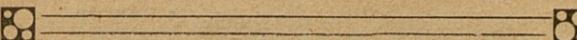
—¡ Verdaderamente esta chica es una santa ! —dijo para sí la reverenda Madre.

Y acompañada de la educanda preferida, atravesó los corredores del convento.

La Superiora estaba perpleja sin saber qué decisión adoptar.

La carta de su hermano Gastón de Castell-Fibus, coronel del Regimiento de Dragones de Piamonte, la ponía en una situación difícil para su escrupulosa conciencia.

“...y este matrimonio —decía uno de los párrafos de la misiva— tendría la acertada finalidad de unir la espléndida belleza de nuestra sobrina Dionisia con la arrogante juventud del



La exquisita mujercita tenía una voz privilegiada...



teniente Fernando, un muchacho de caballerosos sentimientos, cuya familia te es bien conocida. A ti confío, querida hermana, el sugerir a Dionisia la idea de un matrimonio próximo. Sus padres aprueban el proyecto de unión. Te abraza tu hermano *Gastón.*»

—¡Dios mío! —se debatía la buena religiosa—. No me atrevo a turbar la paz interior de un alma tan angelical. ¿Cómo hablarla de amor y de matrimonio?

Cercano al colegio, hallábase situado el cuartel del Regimiento de Dragones de Piamonte, uno de los más brillantes cuerpos de caballería, del que era coronel el hermano de la Superiora del convento de Rondinelli.

Gastón de Castel-Fibus era un hombre resuelto y energético, verdadero tipo de militar, aferrado a las ordenanzas... y enamoradizo como un colegial de las pimpantes estrellas coreográficas.

Su ordenanza Lorient aguantaba paciente y resignado el carácter irascible del coronel, que desahogaba éste frecuentemente en certeros puntapiés, cuya cuenta había perdido ya el cachazudo soldado.

Servía a sus órdenes en el cuartel el teniente Fernando, joven arrogante y pondonoso oficial, destinado por su jefe para esposo de su sobrina Dionisia.

Fernando había aceptado sin entusiasmo aquel proyecto de matrimonio, confiando en que se trataba de algo todavía remoto, que

le permitiría conservar por tiempo indefinido su libertad de soltero.

Gastón de Castel-Fibus había recibido aquella mañana una carta de la Superiora del convento, contestación a la en que el coronel le hablara de sus propósitos respecto a Dionisia.

—¡Teniente Fernando! He recibido esta carta que os interesa...

El llamado leyó con cierta zozobra:

“...y a este fin, con vuestra autoridad sobre el teniente Fernando, podéis influir igualmente en su ánimo para que vea en Dionisia la esposa ideal que debe tomar para compañera de su vida. Ella, por su parte, ya sabe que es el teniente Fernando un dechado de perfecciones. Vuestra humilde hermana en J. C., Renata.”

Se acercó a un grupo de oficiales, y mostrándoles la misiva, exclamó con tono irónico:

—¡Quieren obligarme a que me case!... Pretenden que me retire de la vida bulliciosa y alegre... y me condenan a la esclavitud... ¡Habrá empeño!...

—Tenga usted en cuenta —se acercó a decirle el coronel— que ha garantizado su respuesta afirmativa...

—Está bien, mi coronel. Por mi parte...

—¡Así lo espero! Mañana iremos al convento y estoy seguro de que va usted a quedar encantado.

—¡Iremos! —dijo resignadamente Fernando, con el propósito deliberado de oponer una

resistencia pasiva a aquel proyecto que suponía para él la pérdida de su libertad...

II

La primera actriz, la escultural Corina, tenía un corazón bastante grande para albergar en él, además del tímido amor de Floridoro, la volcánica pasión del coronel Gastón.

Aquella noche esperaba impaciente al *amant du cœur*, al sin par Floridoro que sabía arrancar al teclado sublimes armonías que impresionaban hondamente su amante corazón.

A las dos da le madrugada los enamorados, en casa de la primera tiple, ultimaban los detalles de la próxima representación.

El timbre del teléfono cortó el idilio que comenzaba a florecer.

La doncella advirtió a la pareja:

—Telefona un señor encargando diga a la señorita que su amiguito está al aparato.

Corina cogió el auricular.

—¿Quién?... ¡Hola!... ¿Eres tú?... Mira, Gastón. Esta noche me siento atacada de un formidable dolor de cabeza y no puedo recibirte. Estaba ya para meterme en la cama...

Floridoro, que se acercó en aquel momento, dijo por lo bajo unas palabras a la bella tiple.

Corina oyó, casi con estupor, que el coronel la decía:

—¡Me ha parecido oír la voz de un hombre!

—Sueñas, rico. Es que ha tosido la donceña... ¡Hasta mañana!

Floridoro propuso a su encantadora amiga:

—Aprovechemos para repasar la romanza del segundo acto.

Comenzaron a ensayar el número, pero pronto suspendieron el trabajo para dar paso a la explosión de sus sentimientos.

—¡Floridoro, tú eres mi primero y único amor!

Fueron de la mano hasta un amplio diván. Corina se tendió voluptuosa, mientras Floridoro de rodillas musicaba en sus oídos divinas exaltaciones...

El coronel, sospechando que su amiguita le engañaba, se dirigió lívido de coraje a casa de la artista, franqueándola con la llave de que era poseedor. El sombrero del organista, colgado en el pico de una colossal aya que adornaba la antecámara, era un indicio delatador. Se adentró en las habitaciones, sorprendiendo a los amantes en actitud desmayada...

Gastón era de caballería y estaba acostumbrado a manejar la espuela. Se acercó a Floridoro, haciéndole sentir el acicate.

—¡Largo de aquí, musiquillo de murga! ¡Largo, o te cruzo la cara!

Y con el látigo en ristre amenazaba al infeliz organista.

Floridoro salió corriendo como alma que lleva el diablo, no parando hasta el convento

y entrando en él por el mismo procedimiento que utilizó para salir.

Dionisia, que no había podido conciliar el sueño dominada por extraño desasosiego, le aguardaba cautelosa y al verle llegar en actitud de derrota, le consoló caritativa:

—Pero ¡pobre Celestino! ¿Quién le ha maltratado en esta forma?

El organista se limitó a esbozar un amplio gesto resignado...

La bella colegiala, preocupada por una idea que le estaba obsesionando desde hacía unas horas, requirió la atención de su maestro y le dijo muy seria:

—Se acerca el estreno de su ópera y, pase lo que pase, yo quiero asistir a este acontecimiento.

—Pero, muchacha ¡tú estás loca!

—Nada, nada. ¡Lo quiero! Y no piense usted engañarme porque si no tengo entrada para la función se lo cuento todo a la Madre Superiora y ¡adiós, don Celestino! ¡Ya no hay estreno, ni aplausos ni gloria!

—Bien, hija, bien. Ya lo arreglaremos.

Al día siguiente la hermana del coronel recibía una carta de Gastón:

«Mi querida hermana: Como hemos convenido con los padres de Dionisia, mañana acompañaré al convento al teniente Fernando. Te encargo que tú con tu peculiar diplomacia prepares a nuestra sobrina para el interesante coloquio...»

Como las reglas conventuales eran muy estrictas para las educandas mientras permanecieran en el colegio, la Superiora quiso prevenir al coronel. Pocas horas después, Gastón tenía en sus manos la respuesta a su misiva.

«Querido hermano: espero tu vista y la del teniente Fernando; pero debo prevenirté que no podrás ver a la joven, pues no lo autorizan las reglas del convento. Sin embargo he ideado una estratagema para hacer en parte compatible tu deseo con el rigor de la vida monacal...»

Al oír Dionisia de labios de la Superiora la visita que iba a recibir, se fingió atemorizada por la perspectiva.

—¡Dios santo! ¡Yo hablar con un hombre! ¡Jamás, Madre, jamás!

—Te ruego, hija—trató de persuadirla la religiosa—que venzas ese escrúpulo, muy moral y muy digno de ti.

—¡Me moriré de miedo, se lo aseguro!

—Anda, haz un esfuerzo. Se trata de un paciente y de un amigo de la familia que se interesa mucho por ti...

—Si es así...

Y Dionisia, a espaldas de la monja, hacía guíños y burlas con el mayor descaro.

La entrevista tuvo lugar separando a los visitantes por un biombo.

—¿Qué tal, sobrina? ¿Qué tal te hallas?

—Gracias a Dios muy bien, tío—respondió

la saludada, poniendo en su voz un tono místico de circunstancias...

Fernando, seducido por el timbre de voz de la muchacha, contenía a duras penas su deseo de ver a la poseedora de tan privilegiada garganta.

—Señorita—intervino el teniente—, ¿vivís a vuestro gusto en esta casa?

—¡Oh, sí!—contestó la muchacha, cruzando los brazos y poniendo los ojos en blanco... para que la vieran su tía y superiora.

—¿Y no habéis pensado—insinuó el coronel—que un matrimonio ventajoso, con un joven elegante y simpático, podría motivar vuestra salida del convento?

Dionisia se refugió en el seno de la religiosa, dando muestras de gran agitación.

—¡Oh, Madre!... ese hombre es el diablo... ha pronunciado la palabra matrimonio... ¡tengo miedo!...

La buena monja estimó que no podía prolongarse la entrevista y acompañó a Dionisia a los claustros, admirada de la santidad de su educanda...

—¡Tiene una voz angelical!—comentó Fernando al quedarse a solas con su jefe.

—Pues lo demás es superior, si cabe. Te aseguro que es la muchacha más encantadora que pudiste soñar.

—¡Nada! ¡Me decidí! Cuando ustedes lo dispongan me casaré con Dionisia.

Y presintiendo la belleza de la colegiala y



La entrevista tuvo lugar separando a los visitantes por un biombo.

sugestionado por las palabras del coronel, Fernando se despidió ruidosamente de su vida de soltero, con el propósito de llegar seguidamente a la sagrada unión...

Días después, la linda educanda, remachaba sus deseos a Celestino.

—No eche en olvido nuestro pacto. Esta noche es el estreno de su opereta «*Batet et Cadet*». Arréglese como quiera, pero yo voy. Si no...

Y nuevamente amenazó al organista con denunciar su doble personalidad a la superiora del convento.

—¡Pero no hallo la manera! —casi sollozaba el acongojado músico.

La hermana del coronel llegó entonces con la solución del conflicto.

Había recibido una carta de los padres de Dionisia, en que la decían:

«Estimamos lo mejor, ya que las gestiones tuyas y de Gastón no han dado el resultado apetecido, alejar a Dionisia una temporada del convento. Hazla acompañar por persona de tu confianza.»

—¿Y qué persona mejor que usted, don Celestino—ponía la superiora como colofón a la carta—para acompañar a este ángel de bondad a casa de sus padres?

—Madre, me siento indigno de tanto honor, pero si este es su deseo la obedeceré gustoso...

Celestino estaba contrariadísimo por el encarguito, pues los padres de la recomendada vi-

vían fuera de la capital, y aquel día menos que nunca quería ausentarse el organista.

Pero Dionisia, que adivinó sus pensamientos, se hacía señas y guiños a espaldas de la Superiora.

Al quedar sola con el organista le habló:

—No hay inconveniente alguno, señor autor famoso... Primero iremos al teatro y saldremos en el primer tren.

—Me parece excelente la idea.

—¡Pero desgraciado de usted si piensa traidorarme!

Por la noche dirigiéronse juntos al teatro, el uno dominado por intensa emoción, la otra reventando de curiosidad por conocer aquel mundo enteramente nuevo para ella...

El público llenaba las localidades y había en todo el teatro la espectación propia de los días de estreno.

—¿Ha llegado ya el autor? —preguntó el director de escena.

—Sí; ha entrado en el escenario acompañado de una señorita.

Floridoro—allí tenía esta personalidad—recomendó a Dionisia:

—Espera un momento, que voy a buscar localidades.

El teniente Fernando, que oyó aquello, se acercó a la muchacha:

—Perdone, señorita. Si desea obtener un buen sitio, debe darse prisa. Se está agotando el papel...

—Muchas gracias; las ha ido a buscar mi maestro.

Poco después, Floridoro acomodaba a Dionisia en un palco que no había sido vendido.

—¿Te has fijado en lo fresco que es Floridoro?—comentaban las coristas del teatro.—Estando aquí Corina se ha presentado con una amiguita en un palco.

El coronel trataba, entre tanto, de vencer el desdén de la primera tiple.

—Si me juras que a mí solo me amas—propuso conciliador Gastón—, olvidaré todo lo pasado y soy capaz de pedir perdón a tu maestro.

—Bien; en esta noche solemne no quiero negarme a nada. ¡Venga esa mano!

Floridoro no podía aguantar la nerviosidad que le dominaba.

—Voy un momento al escenario, no sea que hayan olvidado algún detalle y me echen a perder la obra. No te muevas de aquí.

Y cuando más a gusto se encontraba Dionisia en el palco, recibiendo el homenaje de admiración de la brillante oficialidad de Dragones de Piamonte, que ocupaba las primeras filas, un acomodador la advirtió respetuoso:

—Perdone, pero el palco ha sido vendido a estos señores.

La linda colegiala salió al pasillo, encontrando de frente al teniente Fernando, que se había apercibido de lo ocurrido, subiendo en su busca.

—Señorita, si necesita usted una localidad,

tengo dos butacas de preferencia. ¿Me será permitido ofrecerle una?

—No, muchas gracias—respondió atropelladamente la muchacha—. Lo que le estimaría es que me ayudara a encontrar a mi maestro. Debe estar en el escenario.

Pero después de dar unas vueltas de telón adentro, desistió Fernando de la busca, pues el espectáculo iba a empezar ya.

—Si no quiere usted perder lo mejor de la representación, no le queda otro recurso que aceptar lo que le ofrezco.

Dirigíronse los dos jóvenes al patio de butacas. El público estaba pendiente de la obra...

Dionisia, que se sabía al dedillo la partitura, marcaba con los pies el conocido ritmo, que hacía saltar su joven corazón...

—¿Conoce usted este delicioso motivo musical?

—¡Ya lo creo! Conozco todos los números desde la primera a la última nota... Me los ha enseñado el propio autor.

La muchacha seguía los compases de la obra y se movía en su asiento sin darse punto de reposo.

El vecino de la butaca de atrás, protestó cortesmente:

—¡Señorita, por favor! ¿Quiere usted sentarse?

La primera tiple, algo nerviosa por el estreno, se disponía a salir a escena contando ya con una clamorosa ovación... que le tribu-

tarían los oficiales para congraciarse con su coronel, seguros de que éste habría de agradecerse.

Floridoro, por temor a errores, apuntaba personalmente la obra.

Al escuchar los aplausos prodigados a Corina, su rostro se iluminó con una jubilosa sonrisa.

Las coristas, siempre envidiosas de las primeras figuras, conspiraban para enterar a Corina de lo que suponían traición de Floridoro al presentarse acompañado de una bella mujer.

Y el anónimo delator fué depositado sobre el tocador de la artista que al finalizar el acto se recogió en su camerino para cambiar su indumentaria.

«Floridoro está traicionando tu amor con una bellísima joven que ha llegado con él al teatro. — Un amigo.»

Corina dió un ligero grito al leer aquellas líneas, disponiéndose seguidamente a controlar la verdad. Pero tuvo confirmación de la misma sin necesidad de moverse de su cuarto. La doncella entró diciéndole:

—Señorita Corina ¿está aquí el autor? Una muchacha muy bella pregunta con insistencia por él. Vino con el señor Floridoro y no lo encuentra ahora.

Dionisia, en efecto, había entrado en el escenario en busca del organista, que andaba de una parte a otra recibiendo felicitaciones.

—Pero se ha vuelto usted loca—le espetó

Floridoro—. Por favor, márchese de aquí antes de que estalle un conflicto.

—Pero ¿qué conflicto?

—Yo me entiendo y bailo solo. Y usted, váyase al cuartel y déjenos en paz.

Corina, entretanto, se revolvía furiosa.

—Floridoro pagará cara su traición. Ahora le planto y que cante y baile la opereta su abuela... Así aprenderá lo que cuesta burlarse de una mujer enamorada...

Cuando se disponía a salir de su habitación, entró en ella el coronel Gastón, que al advertirla tan descompuesta y exaltada, la interrogó:

—Pero ¿qué te sucede?

—Aquel títere de musiquillo le ha engañado a usted conmigo y ahora me engaña a mí con una colegiala...

Y sin más, salió al pasillo hecha una furia. Al ver a Floridoro le gritó despechada:

—Pues ahora te las compondrás como puedes... porque yo me largo y ahí queda el público y el empresario, dos fieras que te van a devorar.

—¿Qué haces? ¡Detente!

Floridoro salió en pos de la irritada estrella. Corina tomó un coche, ordenando la llevaran a casa. En otros vehículos la seguían Gastón y el contristado Floridoro...

El conflicto era formidable. Precios de estreno, la obra a la mitad y la primera actriz

a diez kilómetros del teatro y dispuesta a no cantar ni entre dos guardias.

El empresario estaba desesperado.

—¿Cómo improvisar una tiple que se atreva con la obra?

El teniente Fernando aventuró:

—Esta joven canta y baila toda la opereta y nos saca del compromiso a todos, al público y a la empresa... ¡Es una verdadera providencia en estos momentos!

Pero Dionisia rehusó la propuesta casi con estupor.

El comisario de policía se presentó en aquellos momentos exigiendo la continuación del espectáculo o la devolución del dinero al público.

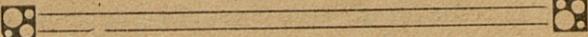
—¡Por Dios, señorita! —sollozaba el empresario—, salve usted de la ruina a un pobre padre de familia.

—Anda, sí —suplicaba Fernando con ardiente mirada.

Al fin pudo convencerse a Dionisia y con la audacia de su misma inexperiencia se dispuso a sustituir a Corina en el papel principal.

—Respetable público —anunció el director de escena—. Debido a una repentina indisposición de la señorita Corina, la obra continuará interpretada por la señorita Dionisia de Improviso, una estrella de primera magnitud recién llegada de París.

Y mientras Celestino corría tras la diva para pedirla perdón y asegurarle su fidelidad, Dio-



...Le hacia señas y guiños a espaldas de la superiora.

nisia vestía los trajes de la estrella y aguardaba a que se levantara el telón.

Fernando, enamorado del candor picaresco de la muchacha, esperaba impaciente el resultado de la aventura.

Y un éxito franco, rotundo, insospechado, aureoló a la improvisada actriz con todos los esplendores de la gloria.

—¡ Bravo, bravísimo, que se repita !

El público aplaudía y gritaba hasta enronquecer, pidiendo la reprise de cada número.

—Con la danza no me atrevo—dudaba todavía Dionisia—. Es tan movida... y de posturas tan alocadas...

—¡ Adelante ; hay que llegar al fin !

Y los espectadores, sugestionados por el arte innato de Dionisia y por su fresca juventud, la aclamaban frenéticamente.

Fernando estrechó con efusión la mano de la bella muchacha :

—Habéis despertado en mi alma la más dulce de las emociones, señorita. Me parece recordar vuestra voz de ángel, que yo he oído en alguna parte...

Floridoro logró aplacar la exaltación de Corina y regresaba una hora después al teatro, acompañados ambos por el coronel.

—Floridoro—diérонle la noticia—, ha sido un exitazo. El público está delirante y pidiendo a gritos la repetición de cada número. ¡ Un verdadero triunfo de tu obra !

—¿ Pero qué ha hecho usted ? —dijo el maes-

tro a Dionisia—. ¡ No doy crédito a mis ojos !

Y la respuesta se la dió muy elocuente el público, pidiendo la salida a escena del actor.

Continuaba la representación, pero furibunda y despechada Corina irrumpió en la escena, seguida del coronel.

—Gastón, vindica nuestro honor... ¡ Castiga a Floridoro !

El organista y Dionisia, seguidos de aquellas dos furias, huían de su venganza. Llegaron hasta el tejado del teatro, pasaron a la casa vecina y descolgáronse por la fachada hasta llegar a la calle.

Una ronda militar que discurría en aquellos momentos por allí, apresó a la pareja, encontrando sospechosas las maniobras...

Y maestro y discípula dieron con sus huesos en el oscuro calabozo del cuartel de Dragones de Piamonte.

A la mañana siguientes los oficiales lefan el parte de la noche :

« Esta madrugada, acudiendo en socorro de personas que demandaban auxilio, hemos detenido a dos sujetos, hombre y mujer, que han sido encerrados en los calabozos. »

—¡ Qué cruel contraste ! —se lamentaba Floridoro—. ¡ Dos triunfadores clamados por el público y nos han tomado por vulgares ladrones de gallinas !

El teniente Fernando, que había buscado inútilmente a su bella compañera de butaca,

sospechó la personalidad de los detenidos y fué hasta el calabozo.

—¿Pero son ustedes?

La oficialidad tributó a Dionisia un verdadero homenaje de desagravios...

Descorcháronse botellas de champaña, celebrándose un verdadero ágape.

—¡Por favor, báilenos aquel can-can tan maravilloso del segundo acto!

Dionisia, subida sobre la mesa, se puso a ejecutar la danza pedida.

Floridoro, que regresaba de telefonear al teatro para enterarse del final de la representación, que fué realmente desastroso, recriminó a la colegiala sus desafueros.

—Perdóneme. Me han hecho beber demasiado y estoy algo aturdida.

Un ordenanza llegó a toda prisa gritando:

—¡El coronel!

—¡Pronto! ¡Esconderla en cualquier parte!

Dionisia y Celestino se vistieron unos uniformes de soldados y formaron con la tropa, obedeciendo los gritos de mando del jefe.

Al oír el toque de corneta, palideció el organista.

—¡Ahora empieza nuestro calvario! ¡Han tocado botasillas y es precios montar estos potros!

Como Dios les dió a entender subieron a caballo.

—¡Huyamos! ¡No nos queda otro recurso! Espolearon a los nobles brutos, que salie-

ron al galope. Los fugitivos sostenían milagrosamente el equilibrio.

—¡Que se escapan! ¡Arrestarles al instante! —gritaba enfurecido Gastón.

III

Al llegar junto a las tapias del convento, desmontaron Dionisia y Celestino. Afortunadamente éste era práctico en escalarlas y pronto se encontraron en el interior del colegio.

Celestino se desnudó rápidamente, metiéndose en cama. La bella educanda lo hizo vestida con el prestado uniforme.

—¡Aquí se han ocultado! —exclamó el coronel, llamando a la puerta de la religiosa mansión.

—Perdone, hermana —se excusó a la portera—, pero dos soldados desertores se han refugiado en el convento.

La Superiora, enterada del caso, mandó registrar todas las dependencias.

—Madre —le comunicó una de las hermanas— No he hallado a nadie, pero la señorita Dionisia está en su cama.

—¿Cómo es posible?

Después de asegurar a su hermano el coronel que allí no estaban los soldados que buscaban, se dirigió la Superiora al cuarto de Dionisia.

—Perdóneme, Madre, pero anoche comprendí por las palabras de don Celestino que se trataba de casarme, y yo quiero terminar mi

vida en este convento... ¡disculpe si la he desobedecido!

Poco después, Dionisia vestida nuevamente de colegiala, avisaba a Celestino la explicación que había dado de su estancia en el convento.

—¿Se ha enterado bien? ¡No lo eche a perder todo con una necedad!

Enterado el coronel de los propósitos de Dionisia de meterse monja, renunció al proyectado matrimonio y explicó a la Superiora la aventura de Fernando con una artista de teatro.

La buena Madre, habló después a Dionisia.

—Haces muy bien, hija, en seguir tu vocación. El novio que te teníamos destinado ha resultado como todos... Se ha enamorado de una actriz...

—¿Qué es actriz, Madre? —preguntó Dionisia con aire inocente.

—Una de esas que cantan en los teatros... Dicen que trabajaba en una ópera titulada «Babet et Cadet»... ¡Qué hombres, qué hombres!

—Si usted me lo permite quisiera hablar con ese joven... Seguramente que Dios me dará fuerzas para conducirlo por el recto camino...

Con las debidas precauciones se llevó a cumplimiento el deseo de Dionisia, que ya había comprendido de quien se trataba...

Al escuchar Fernando la voz que le hablaba, experimentó una fuerte sacudida.

—¡Pero si parece la voz de ella! —pensó.

Un momento que la Superiora se adentró en el convento, Dionisia asomó la cabeza por encima del muro que los separaba.

—¡Pero es usted!

Instintivamente se buscaron las manos, oprimiéndolas mutuamente con efusión.

En pocas palabras puso Dionisia al corriente a su tío el coronel de todo lo ocurrido en aquella memorable noche, quedando tácitamente aceptado por ambas partes el proyecto matrimonial...

En esto llegaba Celestino, siendo reconocido por Gastón, que olvidando todo resquemor se acercó al organista:

—Permitid que, por primera vez, os salude con la mano.

—Por favor, señor coronel, le recomiendo el mayor secreto, porque después del final de mi obra, que tantos lauros pudo proporcionarme, si me quedo sin la plaza del convento me muero de hambre.

Al regresar la Superiora, se le acercó su hermano, comunicándole la nueva:

—Tu santa alumna se sacrificará para salvar a un alma del pecado... Está dispuesta a casarse con el teniente Fernando.

Dionisia, acariciando con la mirada a su prometido, le decía por lo bajo:

—Me conociste como actriz, pero me has de jurar no pisar en tu vida un escenario ¿lo oyés?

FIN

La Película Selecta

LA PELICULA SELECTA, igual que OBRAS MAESTRAS DEL CINE, tiene establecido un sorteo mensual de regalos. En cada número de esta publicación se incluye una hermosa postal con el retrato de uno de los más famosos artistas de la pantalla.

Dichas postales, que van numeradas, dan derecho a tomar parte en el sorteo mensual de una gran fotografía directa, con marco, de uno de los más populares intérpretes del arte mudo.

El sorteo se hace en combinación con la Lotería Nacional que se juega el 1.^a de cada mes, correspondiendo el regalo al número de la Lotería Nacional sobre que recaiga el premio mayor.

Como se da el caso de que el tiraje de LA PELICULA SELECTA excede con mucho, mensualmente, a treinta mil ejemplares, cifra a que alcanzan los números de la Lotería Nacional, al llegar las postales de esta novela cinematográfica al número 30.000, se volverá a empezar por el uno y se darán tantos premios como poseedores haya del número premiado.

En el próximo número, correspondiente al sábado, 18 de abril, se publicará la adaptación novelesca de la película

LA CREACION DE PARIS

bellísima comedia interpretada por la genial

DORIS MAY

Lea usted
la revista popular ilustrada

EL CINE

El semanario ideal para
las familias

20 céntimos número

Suscripción :

2'50 pesetas

trimestre

con derecho a un elegante álbum de música
GRATUITO con las 16 composiciones más popu-
lares de la temporada



EDITORIAL PEGASO
Gran Vía Layetana, 23 - Teléfono 1496 A.
BARCELONA

Imp. Villarroel, 12 y 14